

de la bendición paterna, comenzando á ejercer la más delicada de las magistraturas sociales, antes de llegar á la mayor edad. El tiempo habría de encargarse de testificar con cuánta solicitud desempeñaría el hermano mayor el sagrado encargo echado sobre sus hombros.



El aterrador levantamiento de la raza maya había hundido á la península de Yucatán en la más desesperante desolación: la segunda mitad del año de 1847 discurrió en aquella parte del territorio nacional, registrando los horrores más inconcebibles; y el exterminio, en todas las formas que la furia puede imaginar, era reducido á fórmula práctica de guerra por aquella raza vencida, pero no domada, cuyos instintos de venganza contra los dominadores fueron por estos mismos imprudentemente ayudados. Ciudades y villas, pueblos y haciendas eran entregadas á las llamas; martirizados los cautivos y violadas sus mujeres, antes de ser pasados á cuchillo; sus niños lanzados al aire y recibidos con puas ó en la punta de las bayonetas. . . . la matanza, el horror por todas partes. Y nada resistía al empuje de las tribus salvajes, que ensordeciendo los aires con sus pavorosos alaridos, inundaban las tierras del Norte y Occidente de Yucatán como torrentes de lava, dejando por huella de su paso montones de ceniza, charcos de sangre, cadáveres insepultos, mutilados en agonía. . . . Y Yucatán se había despoblado, y los moradores de sus más fértiles comarcas, poseídos del pánico, huían de aquel cataclismo social hacia las estériles costas, para buscar la

salvación en el abandono de la patria, tornada en despiadada enemiga.

Campeche no tuvo espacio para dar albergue á tanto emigrado y aun ella misma tuvo que aperibirse á la defensa. Nada era bastante á contener en su desbordamiento á la raza en rebelión, cuyas vanguardias, antes de transcurrido un año, ya tocaban á las puertas de la murada ciudad.

Fué entonces, Señores, en aquellas tremendas circunstancias en que el joven Baranda reveló, de una manera inequívoca, que latía en sus arterias la sangre del león de Trafalgar.

Aprovechándose del ascendiente que por sus personales condiciones y por su edad misma ejercía entre sus compatriotas, tomó la iniciativa en organizar un escuadrón volante, y á la cabeza de aquel puñado de valientes lanzóse al ataque del propio cuartel general de los sublevados, establecido en Kalá. En aquel campo, al servicio de la sagrada causa de la civilización, recibió el joven campechano su glorioso bautizo de sangre.

Los horrores de esa guerra, que cual mal extinguido volcán suele arrojar aun sus llamaradas en el suelo yucateco, lejos de amenguarse, recrudeciéronse en el período que corrió del 48 al 51, y durante él no dejó el bisoño miliciano de prestar su valeroso contingente personal á la debelación de la barbarie.



La derrota de los intrépidos Molas y Cepeda, el fusilamiento de aquel popular caudillo y de otros denodados enemigos de la dictadura santanista, no había sofocado en la península el entu-

siasmo por la libertad. Por eso el grito de Ayutla encontró allí simpática resonancia, y Baranda fué de los que, sin miedo ni reservas, demostró su adhesión á aquella la más radical de nuestras revoluciones políticas.

La revolución abatió al tirano, y el probo patriota del Sur que la acaudillara cifró todo su afán en la realización de las promesas con que había soliviantado el espíritu nacional. El país debía constituirse sobre los principios mismos de 1824, y el caudillo vencedor llamó al pueblo á elegir á sus constituyentes. D. Pedro de Baranda fué uno de los diputados por Yucatán á aquella memorable y benemérita asamblea, creadora de nuestro símbolo político.

La personalidad del diputado campechano se hizo bien pronto perceptible: su aspecto y maneras simpáticas granjeáronle numerosas amistades, y la franqueza con que emitía sus avanzadas opiniones y la entereza con que votaba en las cuestiones más espinosas de las trascendentalísimas que se solventaban en aquel palenque donde pugnaban á muerte los más caros intereses sociales, al par que dieron á conocer su aventajada ilustración, su no común capacidad intelectual y el alto temple de su carácter, captáronle el cariño de los apóstoles del constituyente, los Gómez Farías y los Arriaga; los Guzmán y los Zarco; los Ramírez y los Degollado, indeficiente constelación en el cielo de nuestras libertades. Allí se ganó la hermandad de la legión de jóvenes en que se destacaban figuras como las de Castillo Velasco y Vallarta; de Mariscal y Joaquín Degollado, que eran como los porta-estandartes del partido liberal.

La carta elaborada en medio de tantas obse-

siones, pareció condenada á muerte prematura. El mismo que fuera constituido para defenderla, rasgóla con mano desatentada.

El partido reaccionario yucateco, atento á la primera oportunidad, se aprovechó del desconcierto que en las filas liberales produjera el golpe de estado, y dióse trazas para apoderarse de la administración pública, falseando el voto popular.

Profundamente repulsivas eran al sentimiento del pueblo campechano tanto como las ideas que pretendían imponerse, las personas que las representaban, y en nombre de la soberanía popular reclamó, por la mediación de sus mandatarios, los ultrajes hechos al derecho público. Los usurpadores no oyen; y á la voz que se alza para reclamar, oponen la manopla que estrangula.

Campeche no se resignó, antes poseído de indignación, encomendó su suerte al último recurso de los pueblos: la guerra. Levantóse en armas la porción más viril de la ciudad, y aclamando las improvisadas legiones por su jefe á D. Pedro de Baranda, sin contarse, fiando el éxito á su decisión, echáronse sobre las tropas regulares que guarnecían la plaza. Venciéronlas; suplió el denuedo á la disciplina; pero aquel mismo afortunado triunfo obligaba á los vencedores á combates más rudos, á una campaña en toda forma, cuya suerte definitiva escondía el porvenir en sus arcanos.

El Gobierno de Yucatán así provocado, aprestó á reivindicar su autoridad, y lanzó sobre el rebelado Distrito una poderosa expedición cuyo mando encomendó al Epaminondas yucateco Manuel Cepeda Peraza.

D. Pedro de Baranda, sobre quien pesaba la jefatura militar de la insurrección, se sobrepujó á

sí mismo: presente en todas partes, sin darse punto de reposo, atento á todas las previsiones, organizó la defensa, y unos cuantos días le bastaron para crear elementos con que resistir ventajosamente á la avalancha de guerreros lanzada sobre Campeche. Y se trabó la lucha tenaz y encarnizada, heróica en algunos episodios, hasta que la obstinada resolución de los sitiados acabó por agotar la energía del peritísimo Jefe yucateco, y después de cuatro meses de efímeros combates, los sitiadores desaparecieron de en frente de aquellos muros hechos inexpugnables por el nunca desmayado valor de sus defensores. El grito de guerra de "¡Campeche libre, ó muerte!" con que Baranda cerrara su enardecedora proclama á sus soldados, fué grato al Génio de la victoria.

Campeche podía ya batir palmas orgullosa: su adalid acababa de rebelársele en todo su prestigio, y confiado en él ya no temía fuera arrancado de su diestra el conquistado laurel. El ilustre vástago del vencedor de Ulúa alentaba una alma de aquellas de quienes dijo nuestro Cisneros

"que dotadas

De un enérgico temple al bien se lanzan,

El imposible en su carrera arrostran

Y el alto fin de su misión alcanzan."



Señores: Los levantamientos populares suelen ser simiente de inagotables transformaciones. Esa simiente, grande á las veces como un grano de mostaza, es el germen que contiene en sí la realidad de todo un mundo. Se sabe por donde comienzan, mas no en que han de acabar: la repugnancia

á un impuesto baladí dió nacimiento al pueblo más grande y maravilloso que ha conocido la historia.

La insurrección de Campeche contra un gobierno emanado del fraude, al reducirlo á la impotencia, impulsó á los espíritus rebelados á mayores intentos. Después de los sucesos que acababan de consumarse, no había ya concierto ni paz posible entre Yucatán y Campeche. El *delenda Carthago* pronunciado por el gobierno yucateco, daba derecho á la Cartago no vencida á ser, cuando menos, una entidad igual á su adversaria, y la ley de la lógica formuló la última evolución de Campeche: su emancipación de Yucatán. El grito separatista resonó en los pueblos del Distrito que más habían resentido los ultrajes de los expedicionarios, y Baranda marchó al punto con una legión de valientes á apoyar los votos de aquellos pueblos, fieles traductores del unánime sentimiento de los campechanos. El afortunado éxito de Baranda fué en esta ocasión obra de su tacto. En vez de agredir, limitóse á proteger. Pudo llevar la guerra á territorio enemigo, mas eso habría cambiado los fines de aquella lucha: Campeche no aspiraba á conquistar ni á imponerse, sino á la defensa de su derecho, y á esta actitud de noble moderación debióse, sin disputa, el coronamiento de sus miras. Yucatán se declaró convencido, y de ese convencimiento emergió Campeche á la vida de entidad soberana é independiente. El realizador de tamaña empresa alcanzó todas las ovaciones, y su entrada á la Capital del nuevo Estado, pudo sólo compararse á la de aquellos *imperatores* de Roma cuando tornaban vencedores de galos ó germanos.

La figura de Baranda, á quien el gobierno de

la emancipación había conferido el título excepcional de General de la Guardia cívica, crecía sobre toda medida. Adorado por la multitud; apoyado por las clases superiores de la sociedad, los destinos de Campeche estaban en sus manos. Empero, la envidia artera, la celosa ambición y la torva ingratitud se unieron en la sombra y le armaron asechanzas: un motín á lo Catilina estalló en su contra, mas se resistió á anonadarlo. Repugnando que una sólo gota de sangre corriera por cuestiones de personalismo, antes prefirió sacrificar su individualidad, resignar todos los poderes que investía, deponer sus más caras afecciones, rechazar las tentaciones con que sus numerosos y decididos partidarios le convidaban, á fin de que la anarquía no brotara en tierra campechana, sino que su poder público se cimentara para la salud común. Así dejó libre campo á los que aspiraban á dominar sin émulos. Ejemplo de tan heroica abnegación, de tan excepcional desinterés, no salvó á Baranda de la mala voluntad de aquellos á quienes aplastaba su talón. Su presencia sola significaba por sí terrible antagonismo. Comenzó á ser un embarazo, y de embarazo llegó á convertirse en malestar público, en amenaza de disturbios intestinos. Semejante problema ofrecía únicamente dos soluciones: ó el derrumbamiento de los contrarios ó la desaparición de la escena. No había temor de lo primero, sabíanlo sus contrarios. Quien había rehusado prevalerse de su prestigio y valimiento para adueñarse del poder; quien, por el contrario, habíase despojado de grado de sus investiduras públicas, para no dar pretexto á disidencias perniciosas, ese no habría de ser quien acaudillara una facción. El otro extremo impo-

níase, pues, á su conciencia, y por él optó. Con la entereza, si no mayor, del héroe ateniense, condeñóse al ostracismo, y salió de aquella tierra que era como su propia hechura, amargado el corazón; mas lleno de la esperanza de que llegarían para él días de justicia.

Entretanto, la triple alianza había arribado á nuestras playas con sus ideas ocultas de conquista. Baranda por entonces habíase acogido á tierra de Tabasco, atisbando la ocasión primera de ser útil á la causa nacional. Hallábase en Jonuta, como si algo esperara del otro lado de nuestras fronteras. De la Isla del Carmen, guarida de aventureros hambrientos de rapiña, zarpó una expedición que logró apoderarse de Palizada. El éxito convidó á tentar mayor fortuna y la emprendió sobre Jonuta, guardada por un destacamento de cívicos tabasqueños, á las órdenes del Mayor Francisco Vidaña. Nuestros nacionales salieron al encuentro de los aliados del pequeño Napoleón; Baranda voló á confundirse con los nuestros; en él resignó Vidaña la dirección de aquel encuentro, y el campeón campechano enseñólo, no á ser valiente, que de nadie había menester lecciones de valor, sino á vencer á los enemigos de la República.

Después de San Joaquín, la situación de Baranda quedó definida. Su puesto de combate estaba entre los republicanos tabasqueños.

Lo recordais? Los hados se nos torcían. El vencedor del 5 de Mayo había sucumbido en su lecho de laureles. La alevosía napoleónica reforzada, cercaba á Puebla, y la facción reaccionaria llevábale día á día nuevos contingentes. El Grijalva, indiferente á los destinos del suelo por él fecundado, prestó sus lomos á las enemigas naves,

y esta nuestra simpática Villa-Hermosa, después de una defensa infortunada, cayó en poder de un centenar de desalmados que hicieron botín de guerra de su fácil conquista. Aunque desprovisto de carácter oficial, lo mismo que en San Joaquín, el patriota campechano acudió al peligro, asistiendo al combate librado en estas calles, que fué de los últimos en abandonar. Desde aquel punto ya no se apartó de nuestros maltrechos estandartes. Siguiólos en su retirada á Cunduacán; allí ayudó á levantar el decaído espíritu de nuestros soldados; con ellos vino al malogrado intento del recobro de nuestra capital, y no salió de las tierras de Tabasco, sino cuando adquirió la convicción de que por el momento no era dable realizar aquí obra importante en la defensa de la Patria.

Se abre aquí, Señores, el período en que los méritos del esclarecido hijo de Campeche llegaron al colmo. Sólo, sin recursos pecuniarios, atravesando lugares desconocidos, algunos aun no revelados á la geografía, sin otra recomendación que la que le ganaba su prestancia personal, fué de Estado en Estado, de pueblo en pueblo, buscando donde hacer pié para combatir á los usurpadores de nuestros derechos. He dicho mal, Señores; no iba sólo: llevaba el alma henchida de dos fees: alentaba la fe de que la Patria alcanzaría victoria definitiva sobre sus enemigos; alentaba la fe de que el caudillo de la Constitución y de la Reforma, realizaría los milagros que el patriotismo le pidiera, que aquella alma inquebrantable había sido creada para la epopeya.

En nuestras fronteras de Occidente, allí en esa Costa de Sotavento de Veracruz, en medio de esos caracteres francos y resueltos, ardientes como

el sol que caldea sus campos, generosos como el fecundo suelo que los sustenta, allí el patriota Baranda halló término á su Odisea.

Al Bayardo de la lealtad, el General D. Alejandro García, había tocado en suerte organizar en aquellas comarcas la resistencia á la invasión extranjera. Tradiciones de común afecto ligaban íntimamente á los dos ilustres campechanos, de modo que á su inesperado encuentro en las riberas del Papaloapan, desde el primer instante, compenetrados de una misma idea y de un mismo sentimiento, fueron como un sólo individuo cien veces multiplicado.

Fecunda por demás fué para la causa nacional la conjunción de aquellos dos nobles espíritus, que inteligentemente secundados por otro distinguido patriota veracruzano, hicieron de la Costa de Sotavento poderoso núcleo de resistencia á la usurpación napoleonesa.

Mas los hados aun no se aplacaban. El indómito caudillo de Oriente, astro desplomado de su trono de rayos, caía en hora menguada bajo la cautividad de los invasores, perdiéndose en un solo instante los inmensos elementos de guerra que su inagotable inspiración, su actividad sin ejemplo y su previsorá estrategia habían venido acumulando en la ciudad de Oaxaca, después de la rendición de Puebla.

Hay angustias que no se conciben; que pueden sólo sentirse bajo el influjo de las circunstancias que las ocasionan. Tales las que afligieron al espíritu patriótico en estas regiones de Oriente, al saberse la desoladora nueva de la caída de Oaxaca y de su legendario adalid en poder de los conquistadores. Los pueblos de Sotavento, los de Chiapas

y de Tabasco, roto aquel formidable antemural, quedaban como dispersos, sin cohesión, aturdidos del golpe inesperado, sin otro prospecto que el de una lucha desventajosa, que sólo prometía el perecimiento. Soldar la unidad quebrantada, establecer un centro de autoridad, dar una común jefatura á los pueblos abandonados, era el secreto único de restaurar la moral en los ánimos decaídos, de vigorizar la resistencia, de dar probabilidades de éxito á la lucha, y de ese pensamiento fué Baranda el iniciador, el apóstol y el ejecutor, que vino á traerlo á Tabasco y á proponerlo á Chiapas, por quienes fué acogido como promesa de salvación. Ese pensamiento fué el de la coalición de Oriente constituida por los Estados de Veracruz, Tabasco y Chiapas, que ligados en destino común, establecieron una confederación de guerra, bajo la suprema autoridad del benemérito General García. Acontecimiento fué ese que, produciendo saludable reacción en el espíritu público, comunicó nuevos alientos para combatir contra los enemigos de nuestra independencia.

No bastaba, empero, aquel milagro. No bastaba que los veracruzanos todos, que todos los tabasqueños, que Chiapas en masa estuvieran prontos al combate. La guerra no se hace sólo con hombres; los hombres necesitan armas y las armas municiones. ¿Dónde obtenerlas? A nuestra espalda teníamos á un Estado enemigo, dominado por un gobierno que representaba la fórmula neta del retroceso. Por allí nada podíamos esperar. Al Occidente imperaban, formándonos cerco de hierro, las armas de la intervención, y al extremo Oriente, la península de Yucatán, jurada al Hapsburgo, copiosamente pertrechada, alargá-

base como colosal brazo de acero pronto á agarrarnos. Nuestro golfo ya no era nuestro: los cruceros de la escuadra francesa imperaban en él, bloqueando nuestras costas con avizora vigilancia. Pero era necesario cruzarlo, era necesario ir á procurarse de nuestros vecinos, también comprometidos en lucha desastrosa, las armas, los pertrechos de guerra que el ardimiento de nuestros hermanos reclamaba, y fué el intrépido Baranda quien osó tamaña empresa.

Pudimos decir entonces con acierto que la fortuna protege á los audaces. Poco tiempo después, el atrevido comisionado, sorteando mil peligros, forzaba el bloqueo é introducía por Coatzacoalco un valioso cargamento de guerra.

La buena estrella de México lucía, por fin, en nuestro encapotado cielo. Los defensores de la independencia y de la República se multiplicaban por todas partes. La sangre mexicana vertida en patibulos y campos de batalla, había sido prolífica, y de ella germinaba compacta muchedumbre de patriotas. Vientos de derrota batían á las oriflamas imperiales; en tanto que los estandartes republicanos flameaban victoriosos en las altas cimas, en los hondos valles, en la escampada llanura, sobre los muros de las ciudades, y el epónimo Juárez emprendía aquella marcha triunfal, larga cuanto gloriosa, que iba á conducirlo de la margen del Bravo al Palacio nacional.

Algunos centros dominados por el imperio aun resistían con obstinación. Entre ellos contábase á la ilustre cuna de Gutiérrez Zamora. El pueblo veracruzano, que no había economizado sacrificio por la causa de la Nación, reclamaba el recobro de su capital, y aunque árduo designio